

UNO—Afición estrechísima de los políticos mexicanos, hasta no hace mucho, era la embriaguez y amigas que la acompañan. Su dibujo podía hacerse con unos cuantos rasgos desde el alcohol y la crápula, regalias que el magro pueblo imaginaba neronianas haciéndosele agua la boca y sintiéndose representado, con énfasis y aplauso, por quienes daban al poder un uso que al nivel de la calle resultaba plenamente hombruno, descarado natural y envidiable, macha lealtad al macho funcionario vástago de guerrilleros, muy explicable coronación de anhelos siempre presentes, siempre inalcanzados.

Pueblo con hambre rencorosa no es pueblo que vea con malos ojos el hartazgo ventral de sus mayores, pues por ahí come y bebe su fantasía y ahí se cumplen sus venganzas revolucionarias hasta que advierte que no tiene revolución ni nada que se le parezca, que se la hurtaron a tiempo ha mucho tiempo y le hicieron creer —minucioso, insomne, complicadísimo engranaje de la demagogia o cinismo político— que seguía siendo suya.

En mis veintitantos, todavía pude alcanzar a eminentes que reflexionaban en lo más caliente de banquetes y encerronas: “¿No nosotros hicimos la Revolución? ¿No todo se nos debe, el país pa delante, el progreso y demás? Luego pues algunas migajitas habían de tocarnos...” Y vengan a correr los ríos de balantín o caballo blanco, remí mar-tín o fundador —lujos de entonces— para El Jefe, el hombre cabal de larga resistencia bebedora, nunca ahito, nunca acabado de hincharse ni de agotarse entre los hurras reverentes, penduleantes, de servidumbre, pupilas, amigos y comensales. La leyenda que incensaba a los políticos era la ilusión popular hecha cuerpo, al fin, hecha poder desde el paladar al bajovientre, desde el bajovientre hasta el “privado” monumental, de puertas jamás abiertas antes de las doce del día: “Ni te anuncies ora, mejor; mejor esperas; el Jefe traí una cruda marca diablo, llegó tapado hasta el ochenta. ¡Con decirte que no fue a su casa! De donde estábamos nos venimos acá directamente. Mejor esperas, orita están dando masaje”. Cuando comenzaban los cincuentas, un amigo mío periodista —S.A.P.— fue aprehendido por dos agentes federales, en la calle de Argentina, a las dos de la tarde; fue metido en un enorme automóvil, vendado de los ojos, amenazado de muerte y desembarcado en un lugar de olor dulzón y húmedo y con mucho ruido de fiesta; le quitaron la venda ¡y estaba ante El Jefe! y El Jefe, muerto de risa, en la alfombra, sobre almohadones sembrados de colaboradores lenguaraces, champaña y damas reidoras, le decía: “Qué pasó, mi pluma-de-ave, no se me espante, era aquí nomás, esperándolo, para tener el gusto de compartir con usted el rato de ser felices”. Era Jefe todo aquel que tuviera poder de decisión y ejecución.

Creo que del sexenio de Díaz Ordaz arranca la imagen pública del político austero, entregado a su trabajo. Y no empece-mos con que “ya empezó Garibay con los elogios”, léase y entiéndase, hablo de imagen política, de fachada, de exterioridad, de liturgia política. Y es justo decirlo: comienza con Díaz Ordaz la sobriedad en los gobernantes, y estamos hoy día ya lejos del político promotor de noches de escándalo, del prestigio vinoso donde el funcionario hallaba desquite a sus pasadas zozobras y antesalas.

DOS—Echeverría asume la templanza como condición primera de la conducta política y la lleva hasta sus últimos extremos. Desde afuera podemos señalar y decir: político mexicano, o funcionario de alto nivel, es un grave practicante de las siguientes líneas: 1a. trabajar jornadas de 15 a 18 horas diarias; 2a. no desvelarse; 3a. no beber; 4a. no causar estrépitos; 5a. no robar cámara; 6a. no pregonar ni discutir la bondad de sus servicios; 7a. ser cordial y respetuoso; 8a. no hurtarse a ninguna explicación o justificación de sus decisiones; 9a. no abusar personalmente de su poder; 10a. no tener ni remotamente sentido alguno del humor.

En los días que corren esa es la visión que ofrece el establecimiento gubernamental. Harina de otro costal será ir tras la eficacia y buena fe de semejantes hábitos; de

# cómo se pasa la vida

ricardo garibay

acuerdo, y esa harina es obsesión que me trasiega semana a semana en las páginas editoriales de EXCELSIOR. Pero digo, desde luego: como no hay imagen sin sujeto, aquella con que se han vestido tan de propósito nuestros hombres públicos, a lo mejor un día de estos acaba siendo fondo, almendra, médula, sustancia, ser: ser político de los políticos, con lo cual serán de veras, con lo que nos llevarán a ser de veras ciudadanos.

Y algo ya se va consiguiendo: el político ha dejado de ser temible y desdeñable; es un hombre que se maneja como tú y yo en la vida diaria, tan enterado y lúcido como nosotros, y en muchos casos tal vez más, y ahí también, en un descuido, harto más pulcro que tú y que yo en el uso de la inteligencia y de la intimidad. Y es que se ven y se sienten políticos, cosa muy nueva mexicana: ser político, como último y único fin; se toman en serio su papel; por eso se han vuelto vulnerables. Y es que son hombres jóvenes. Tecnócratas. Hombres que ejercitan el poder desde el dominio de una técnica precisa.

## TRES—

Un tecnócrata con un vaso de vino en la mano es centinela capaz de advertir aun el más escondido, el más sutil movimiento adversario a su alrededor; se siente visto y puede ver sin descanso desde el centro de los trescientos setenta grados; sí, tiene ojos en las orejas y en la espalda. Vigila el vino, mide con micras los avances del vino en las voces, en los ademanes, en las risas de la fiesta. No vigila su propio vino, hay cuidado en eso, no beberá más allá del perfecto dominio sobre sí. Y si no sucede de este modo no estás frente a un tecnócrata o político de los días que corren mexicanos; estás frente a un político ocasional, provisional, que dejará de existir, si mucho, al terminar este sexenio.

Vulnerables, prudentísimos —se acabaron los tiempos donde el único poder era político—, al menor asomo de peligro se excusan, desaparecen; y casi inmunes al cansancio del esfuerzo consciente y programado, resultan tiernos para el entusiasmo —Nietzsche— y la improvisación.

Son ingenuos, claro, si los mides con la vara mundana del estar aquí y allá y el hacer esto y aquello porque sí, porque no, por todo, por nada; son ingenuos en los días del hombre, y más en los del hombre de espíritu; pero son inauditamente maduros en el arte de hacerse maduros, políticos, hombres de poder, y en el matemático desempeño de sus cargos.

En el arte de hacerse maduros, digo, porque estoy pensando en los políticos jóvenes del régimen aunque la frase convenga a todo él, pues quienes han llegado con edad, por ella vienen del tiempo del descontón y el manotazo y han tenido que vencerse y madurarse en las nuevas maneras.

Y más ingenuos resultan en los días del

hombre de espíritu, digo, porque ahí los escandaliza el ocio y el echar un poco a diario por la ventana la vida, que ellos miden en sexenios, o sea, en irreversibles segundos sudorosos, insaciables peldaños ascendentes nunca hacia la contemplación. Andan cerca de la ciencia, no de la poesía; se parecen a los científicos, no a los poetas; y sin embargo —o tal vez por eso— de algún modo son recios creyentes jamás blasfematorios. ¿Y no es su ortodoxia la fuente de su energía, de su acción sin descanso, de su eficacia? Les quedan siglos por delante, ¿y cuánto duraría un hombre hecho para la duda, si su vida despertando lo encontrara ya en el poder, orejeras de hierro? Se me antoja imaginarme esto como una de las más impecables formas de la desesperación.

Un tecnócrata de veinte a treinta años de treinta a cuarenta, México 73, es un profesional diplomado en las mejores universidades del mundo, educado con exquisitez, sin tropiezos en el habla ni azoros en el gesto, incapaz hasta del más leve despropósito, dueño tranquilo de las circunstancias aun si lo sobrepasan, pues entonces —clara conciencia de poder— tranquilamente las ignora.

★

## CUATRO—

Probablemente sea Ignacio Ovalle el más sorprendente de todos. Veintisiete años, abogado, Subsecretario de la Presidencia, y antes, secretario particular del Presidente de la República.

Uno mismo, o su generación, puede servir de mirador hacia la medida de las cosas o los cambios del tiempo. Yo, por ejemplo, a los veintisiete años, había destripado definitivamente en Jurisprudencia, en Literatura y en Filosofía, era inspector de almacenes por cuenta de la Secretaría de Bienes Nacionales —doscientos veintiocho pesos al mes—, panteaba en la neurosis y no había logrado siquiera una línea publicable. Se me hablaba de tú. Algunos de mis amigos entonces, que prometían y no alcanzaron lustre, comenzaban a perder el tiempo en Europa —Europa a salto de mata—, y otros, hoy ilustres, chichareaban en los despachos de nuestros maestros abogados. Ya nos detestábamos unos a otros, ya habíamos perdido el falso amor que nos tuvimos estudiantes y que tuvo que esperar veinte años para nacer en la nostalgia verdadero, ya nos hacíamos la vida difícil, ya nos envidiábamos las migajas del banquete al que nunca fuimos invitados. Generación anárquica y tardía, perdida casi, salvada sobre los hombros de unos cuantos aún ajenos entre sí.

Todo nos ha costado mucho esfuerzo, nada se nos dio graciosamente, aparte el remoto embrión silábico preservado a cambio casi de la vida misma. Y aunque tal vez por eso los pocos que somos ya lo que queríamos, lo somos inapelablemente, si no es por Echeverría que llega a la Presidencia nuestra generación hubiera tenido que ser arrimada a alguien otra, anterior o posterior, como apéndice o prólogo de historias necesarias.

En cambio, qué coherencia y homogeneidad la de esta jovencísima generación que estamos tratando de dibujar. Entre los veinticinco y los treinta y cinco años, qué apretada procesión de jóvenes geniales, dueños ya del poder político, de la ciencia, de la literatura, del periodismo, del sentido del tiempo y el espacio. Dentro de muy poco mandarán totalmente en la nación. Y en qué riesgo anda ella metida si el “ay del que comienza temprano” —ay, André Gide— no resulta pronto contradicho; pronto, en años más que venideros ya en la mano, años a la vuelta de la esquina si muy lejos; y contradicho por alguna secreta razón hasta hoy desconocida.

Que ese es el riesgo personal de Ortiz Tejeda, López Narváez, Manuel Peimbert, Portilla Segundo, Fausto Zapata, Ignacio Ovalle, los dos Iriart, Herrera Beltrán, García Ramírez, Juan Bremer, Cebreros, Miguel Ángel Granados, Roberto Albores, Samuel del Villar, Hernández Haddad, Anguiano Róch, Biebrich, Pedro Zorrilla, Ducoing, Echeverría Ruiz, Pagés Rebollar, Gustavo Gutiérrez, Ricardo Ampudia, Enrique Rubio y tantos más, tantos “que a donde quiera que vuelvo la cara te veo amagándome, oh legión de los que vienen”.

Superiores a nosotros, todavía nos conceden el honor de sus reverencias cada día más risueñas, más al borde de la burla o el desdén, cada día más en el estupor de quién pregunta a los sobrevivientes: “¿Pero ustedes



# fernando leal y las protestas "¡30-30!"

raquel tibal

EL pasado miércoles 4 de abril se inauguró en la Sala Verde del Palacio de Bellas Artes la exposición de más de doscientos dibujos, pinturas, grabados y bocetos para murales de Fernando Leal, artista que nació con el siglo y murió el 7 de octubre de 1964. En ese conjunto integrado por obras de pequeñas dimensiones, se encuentran cuatro impresos de enorme valor documental: una protesta de los artistas independientes que se habían unido en el grupo al que denominaron "¡30-30!", así como tres manifiestos que los treintatrentistas dieron a conocer en una época en que los artistas de México no buscaban a los periodistas o los entrevistadores de televisión para divulgar sus opiniones, ideas y problemas, sino que recurrían, para expresarse, al cartel de composición atractiva, donde nunca faltaban ilustraciones alusivas y faltas de ortografía. De estas cuatro hojas, sólo una lleva fecha, la protesta. Fue hecha el 7 de noviembre de 1928 y la suscribieron Diego Rivera, Alfredo Ramos Martínez, Guillermo Ruiz, J. Manuel Anaya, Juana García de la Cadena, Manuel Maples Arce, Martí Casanovas, Rosario Cabrera, Luis Martínez, Fernando Leal, Ramón Alva de la Canal, Germán List Arzubide, Luis Islas García, Gabriel Fernández Ledesma, David Alfaro Siqueiros, Ignacio Millán, B. Rivas Cid, Enrique A. Ugarte, Bulmaro Guzmán, Gabriel Fernández, Francisco Dosamantes, Rafael Vera de Córdova, Francisco Díaz de León, Tamiji Kitagawa, Fermín Revueltas, Francisco Plata, Cristina García de la Cadena, Margarita Torres, Erasto Smith, Manuel Villareal, Ezequiel Negrete, Roberto Velázquez, Abelardo Ramírez, Gonzalo de la Paz Pérez, Rosendo Soto, Gonzalo Tello y Leopoldo Méndez. Es, puede afirmarse, la más antigua de las cuatro y lleva un grabado de buen tamaño firmado con las iniciales de Gabriel Fernández Ledesma, y aunque se destaca el carácter de artistas independientes, ya aparece a un costado el sonado 30-30.

★  
¿POR qué protestaban? ¿Contra qué o contra quién? ¿Para qué? Los problemas eran parecidos a los actuales y las piezas en el tablero de la política cultural tenían ubicaciones bastante similares, por lo que considero conveniente, para conocimiento de artistas, estudiosos e historiadores, reproducir el texto íntegro y sin alteraciones. Dice así:

"El incidente entre alumnos de la Escuela Nacional de Bellas Artes y profesores y tra-

bajadores de las Escuelas Libres de Pintura, es algo que debería forzosamente suceder. A cada cambio de Gobierno se produce siempre un vaivén de pedidos de 'hueso' que preparando con el halago la 'barba nacional' y las relaciones personales, pretenden en la rebatanga de final de administración substituir méritos por ruido. Un fenómeno constante en la renovación revolucionaria de México es el hecho del asalto a los puestos públicos, aprovechando los resquicios políticos por elementos oportunistas intrínsecamente ajenos a la revolución.

"¿Qué es en México un artista revolucionario? Aquel que tomando parte activa en el empuje del pueblo en sus reivindicaciones, hace de obra un esfuerzo por ser útil a ese movimiento. ¿Qué género de producción artística puede ser calificado como tomando parte en la lucha de las masas por sus reivindicaciones? Aquel que estéticamente contribuye a libertar el gusto público de la educación colonial, tendiente a avasallar la ideología popular y más aún el que justamente con esta función desempeña el de hablar directamente a las masas, animándolas a la lucha con su ética y sirviendo a su organización con la representación dialéctica del orden social nuevo a que aspira el pueblo. Hasta un buen ex combatiente militar revolucionario, pintando cuadros de estética académica avasallante y colonial, es en el terreno artístico perfectamente contrarrevolucionario, y un funcionario público, por alto que sea su puesto, si protege una manifestación cualquiera ideológica y estética contraria a la marcha revolucionaria del por ese sólo hecho un verdadero contrarrevolucionario, un reaccionario definido, cualquiera que sea el pasado político que pudiera alegar en su favor. Pues siendo el objetivo de la revolución la renovación de la economía y la cultura, contribuyendo ambas de acuerdo con los intereses de los productores, este trabajo, como toda revolución, no es posible sin una teoría revolucionaria; por lo tanto aquel que pretenda detener o siquiera estorbar el desarrollo ideológico y estético tendiente a formar la conciencia de las masas, es un traidor a la revolución.

★  
"EL mundo entero conoce hoy el esfuerzo llevado a cabo en el terreno del arte por elementos del pueblo productor de México encuadrados por los líderes artistas revolucionarios. En todos los idiomas de los pueblos civilizados se ha elogiado el hecho de que en México se permita la libertad de pintar, la libertad de escul-



pir. Desde los tiempos más remotos la plástica ha sido la mejor manifestación artística del pueblo de México. En medio de los ataques de los reaccionarios fanáticos de todo el mundo contra la justa acción anticlerical del gobierno de México, se impusieron las voces que reconocían la vitalidad de nuestro país y su derecho a ocupar un puesto preferente entre los pueblos que por sus esfuerzos forman parte de la vanguardia humana a través de la producción de los artistas revolucionarios.

"En consecuencia: protestamos contra el intento de los perezosos atacando a los trabajadores. Protestamos contra los oportunistas que afianzándose en los restos de maquinaria académica burguesa pretenden sorprender al público, a la prensa y a los administradores del país con falsos movimientos de pseudo-democracia escolar, como el actual provocado por el señor Fernández Urbina, escultor académico. Y de los miembros de la administración pública no pedimos sino que reclamamos el mantenerse en su puesto, es decir, no traicionar a la revolución aliándose a los reaccionarios ideológicos que son los más peligrosos y aquellos que es más urgente destruir.

"La llamada Escuela Nacional de Bellas Artes es, a pesar de los esfuerzos que desde hace siete años se han hecho por renovarla y hacerla útil, un foco de acción contrarrevolucionaria, de él salió José de León Toral. La verdadera Escuela de Bellas Artes son las Libres de Pintura y Escultura y la Escuela de Arquitectura. En el edificio de San Carlos sólo deben subsistir los talleres de arquitectura y las demás dependencias convertirse en un espléndido museo de la producción de arte del pueblo de México, la que hoy día ni nacionales ni extranjeros pueden ver reunida en ninguna parte. Es preciso crear un organismo que ligue las Escuelas de Pintura al Aire Libre, la Escuela de Escultura y Talla Directa, la Escuela de Arquitectura, con las escuelas técnicas, que ya existen en excelentes condiciones; así, sin desembolsar un solo centavo el Gobierno puede crear inmediatamente algo positivamente eficaz para la construcción del orden social: la Escuela Cen-

tral de Artes y Ciencias de las Artes.

★  
"EL dinero malgastado en el mantenimiento lamentable del organismo gangrenado de San Carlos debe ser empleado sin pérdida de tiempo en crear escuelas de arte del tipo de las de Pintura al Aire Libre y Escultura y Talla Directa en todos los diferentes puntos del país que sea posible. Dentro de un año, quizá dentro de seis meses, una concentración de producción espléndida demostraría que lo que demandamos es absolutamente incontrovertible. La prueba previa es el juicio del mundo entero admirado ante la producción artística realizada tan sólo en el Distrito Federal. Es preciso hacer inmediatamente lo que pedimos".

De los tres manifiestos treintatrentistas que ahora, y gracias a la exposición de la obra de Fernando Leal, tenemos la oportunidad de redescubrir, el más importante es el número tres, que abunda en criterios esbozados en la protesta. Como todos, está dirigido "contra los académicos, los covachuelistas, los salteadores de puestos públicos y, en general, contra toda clase de zánganos y sabandijas intelectuales".

Dice: "Ante todo declaramos que:

★  
1—El error fundamental del academismo consiste en aceptar una serie de soluciones ya hechas, preconizadas a través de métodos rutinarios y dogmáticos, como el único camino para llegar a la realización plástica. Sólo por pereza o por cobardía intelectual se puede aspirar a resolver de una vez por todas los problemas plásticos, reduciendo a expeditivos principios escolásticos los hallazgos y las inquietudes que conmovieron a las épocas que nos han precedido, llenas de apasionamiento y de lucha.

★  
"2—El academismo representa el criterio y el gusto de la burguesía que, deseosa de prolongar el momento de su apogeo, se vale de la fuerza de sugestión y del dominio que entraña el hecho de orientar y de controlar las emociones de la colectividad. Por eso trata de convertir al arte en una actividad limitada y burocrática,

SIGUE EN LA PAGINA QUINCE



cal— que fue todo esto hasta los cuarentas?"

CINCO—

Y de todos, probablemente el más notable sea Ignacio Ovalle, caso de vocación desnuda que le labra, siempre en espera de la plaza pública, siempre en la plaza pública, hasta el guiño más fugaz, hasta la entonación más al desgaire. Todos, yo diría, son igualmente capaces, y los diferencia sólo la fuerza de su afán, que en Ovalle es huesos y piel, primera naturaleza. Sorprende mucho hallar en facha tan tierna tanto juicio y mesura y camino tan trazado de punta a punta desde hace tiempo y tanta ausencia de aspavientos. Es el político nacido de madre, dirían los castellanos, hombre de fría pasión desde el origen, ignorante puntual del titubeo. Es menudo, fino, pálido, de frente estrecha, voz tenue, sonrisa apacible y muy por fuera, muy exterior, casi como suave rechazo o barrera defensiva o argumento en contrario—todo político de sangre halla desde temprano el gesto que salvaguarda su soledad.

Le pregunto: —¿Cómo va en su nuevo encargo, licenciado? ¿Cómo se siente?

—Perfectamente.

—¿No extraña, o no lamenta no tener ya la cercanía constante del Jefe del Estado?

—Mire usted—dice—, en la secretaría particular se acumula una gran densidad de experiencia, en la medida en que se ve la situación de todo el país, y los esfuerzos por mejorarla, desde el nivel del Presidente, y hay un diario contacto con todo el aparato gubernamental. Eso y el trato personal con el propio Presidente, si se echa de menos. Pero en una subsecretaría se tiene un radio de acción en cierta forma más amplio, un contacto más directo con los problemas de que se es responsable, y una autonomía que, claro, al principio desconcierta un poco, pero que obliga a un enfrentamiento diario con la realidad y con las verdaderas posibilidades de uno mismo.

—¿Más, o menos trabajo, licenciado? Tengo entendido que con Echeverría las jornadas del secretario particular son de 14 a 18 horas diarias.

—Más o menos igual, don Ricardo—dice—, porque el número de horas diarias, relativamente menor, lo suple aquella autonomía, la calidad o el peso de la responsabilidad personal. A veces no es fácil.

—Pero está usted contento.

—Muy contento. Mire usted, acabo de terminar una gira de trabajo por Nayarit, fue a ratos extenuante pero que me dio sin cesar la profunda satisfacción de ver a lo vivo los problemas de ese Estado, de poder estudiarlos a fondo, y de proponer soluciones viables, nada fantasiosas.

Nos vemos, sonreímos. Acabo mi copa de vino. El apenas ha tocado la suya. Se vuelve a hablar algo con su esposa y aprovecho para mirarlo de lleno. Traje oscuro, corbata y chaleco, cabellos cortos y duros, impecablemente peinados hacia atrás. Caramba, que no estaría mejor este muchacho comenzando algo que sería visible dentro de diez años, y mientras tanto, que anduviera por ahí nadando, jugando al billar, bailando rock, y, qué se yo, haciendo méritos abajo modestamente? y mi pregunta es pregunta mera, estricta perplejidad: tratar de explicarme la madurez y gravedad en años que hace unos cuantos, en México, contemplaban la adolescencia todavía pegada a las narices. No es este joven tecnócrata fruto natural del México y del mundo que comenzaron en 1945? Hoy es viernes, mañana y pasado serán días de descanso; de aquí los últimos se irán a las cinco de la mañana; nos quedan seis horas de vino, tabaco, discusiones y café: el paraíso de Jules Renard. Sin embargo, los políticos se despedirán de un momento a otro.

En eso estoy, cuando me está diciendo Ovalle.

—Don Ricardo, me perdonará que nos retiremos, pero es que mañana es un día de mucho...

—Entiendo, licenciado, por supuesto, mañana empieza usted a las siete...

—Bueno, un poco antes, porque el señor Presidente nos ha citado...

★

SEIS—

Siendo muy semejante a Ovalle, como todos ellos entre sí, Juan Bremer tiene con él y los otros diferencias de alma visibles.

Lo conocí en un DC-3 que volaba sobre Durango, por 1967, y volaba exactamente sobre la llanada Altamirano. Acompañábamos al señor Aguirre Palancares y al general Cárdenas en una gira de trabajo a La Villita, Michoacán. Creo que así era la cosa. Y todo iba bien, hasta que Cárdenas alcanzó a ver a cinco o seis campesinos con una pancarta, allá abajo, en medio de lo que parecía un lodazal.

—Allá hay unos campesinos—dijo—, tenemos que bajar. Llame al piloto.

—Si señor general—dijo el sobrecargo.

—Imposible, mi general—dijo el piloto—, Aquello que brilla es lodo.

Se asomó por la ventanilla el General.

—No—dijo—, baje usted.

—Señor—insistió el piloto, es imposible.

—A ver—dijo el General, y se asomó cuidadosamente—, Ah, sí, bueno. Baje usted.

Al rato el avión había dejado muy atrás a Altamirano. El General Cárdenas se puso la gorra militar—iba uniformado—, fue a la cabina y asumió el mando; y allí vamos, de regreso y en picada y el lodazal era rojizo y como de chicle. Entonces vi a Juan Bremer. Intensamente pálido le decía al Tata Aguirre:

—Pues ya ni modo ¿verdad ingeniero? Ya ahora a ver qué pasa ¿verdad ingeniero?

—No pasa nada—decía el Tata Aguirre y retomaba un párrafo sobre no se qué cuestión agraria en la que nadie lograba poner atención.

Me sorprendió el miedo del muchacho alto, delgado, rubio, de ojos muy al borde de la ensoñación. Yo estrenaba ateísmo, había dejado la fe religiosa a fines del 66, y sentía con júbilo un poco idiota: "no pasa nada y si pasa, que venga, de mí no ha de salir ni la plegaria más corta, no hay nada arriba ni abajo, me carga el avionazo y punto". Claro, yo sé contestar la siguiente pregunta, que me pone otra vez de frente ante esta generación de mandamases nada religiosa: ¿no era un poco tarde, 43 años de edad, para estrenar despegos que se estrenan en la primera juventud?

Senti, digo, cierto desdén; que cinco años después cambié por simpatía y adhesión, cuando volví a hablar con Bremer y advertí la aristocracia espiritual que lo pone un poco aparte o en el centro de sus contemporáneos. Si en Ovalle sorprende la macicez política, en Juan Bremer sorprende la inteligencia abierta a los intereses que desde siempre le han sido exclusivos. Ciencia, filosofía, pintura, música, literatura. El impulso innato de poner en tela de juicio a las personas y a la propia persona. Vida hecha de libros, honestidad venida de lucidez, prudencia delante de los valores totales, que él busca ver encarnados en éste o en aquel hombre, en esa o en aquella circunstancia. No se le siente político y si de paso en la política, por íntima deliberación, y se le ve asumir sin esfuerzo los usos del intelectual. De la fiesta no se retiró temprano, y metido en una inabarcable discusión sobre mesas redondas políticas a través de los medios de masa, a ninguno de los jóvenes se le ocurrió tratarlo como secretario particular del Presidente de la República ni nadie olvidó que lo fuera, que lo es. ¿Me explico? A poco de hablar con él está uno hablando con un hombre muy joven, abogado, pulido en Alemania, metido en quehaceres interiores que lo hacen aprisa "hermano de travesía. En Bremer hay la filosa inocencia que Leon Bloy adivinaba en "los hombres que viven con los ojos abiertos". Recién nombrado por Echeverría, me preguntó: —Don Ricardo, sé cuáles son las conveniencias intelectuales y políticas de este puesto, y aunque creo saber cuáles son las desventajas, le ruego que me las diga, me gustaría saber qué piensa usted.

Le dije que mientras hiciera esa pregunta las desventajas serían pocas o quedarían muy reducidas sobre todo las dos mayores: el porcentaje de poder político puesto en sus manos, y el poder real, contable, de casificar la existencia con sólo emitir una palabra. Esos dos poderes, a los veintisiete años, pueden encallecer, encanallecer, a un espíritu poco, suspicaz. Le dije: su generación corre ese grave riesgo, y todos nosotros con ella. Entre los cuarentas y los cincuenta padecemos una promoción de intelectuales en el poder, que saqueó al país, y se dedicó a reverenciar sus cuentas bancarias o a ver imbecilmente, melancólicamente, crecer el pasto de sus interminables jardines. Cuidense de eso.

SIETE—

Más prudente que aquellos dos es Cebreros, secretario particular de Flores de la Peña; éste, el único secretario de Estado donde aquella virtud queda continuamente anulada por la claridad mental y la urgencia de llamar a las cosas por su nombre. Hasta podríamos decir que Flores de la Peña es convenientemente imprudente o que tiene la virtud de ser un hombre público imprudente desde su sólida e impaciente madurez. No es joven, y hablo de él aquí porque estaba en la reunión. Cebreros es en cierto modo su antípoda en lo de tantear terrenos, y se le parece en la velocidad y eficiencia.

Estaba también Samuel del Villar y Miguel Angel Granados; aquel doctorado en Harvard, economista; éste licenciado en la UNAM, periodista; aquel asesor técnico de hombres políticos; éste responsable del editoria lismo de EXCELSIOR—con López Azuara—; aquel de 28 años; éste de 31 años; ambos hipnotizados por el afán racionalista, a la caza incesante del justo medio; será más doctoral Samuel, porque desconfía de la administración como fuente de conocimiento, será más completo Miguel Angel; ambos serán piedra de tropiezo a sus contemporáneos; ambos llevan dentro su propia piedra de tropiezo; Samuel se lanza a la pelea sin dudas ni temores; Miguel Angel calla más de la cuenta o vigila con ansiedad su propio discurso, y probablemente esto les viene de origen: hacendado el de Samuel, ejidatario el de Miguel Angel. ¿Y no es esto también fruto del país que recomenzó en 1945: el hermanar arriba sin previo aviso a jóvenes que arrancaron desde los opósitos? ¿No se da esto ya con frecuencia?

★

OCHO—

Me pregunta Miguel Kolteniuk: —¿Por qué cree usted que Echeverría los llamé siendo tan jóvenes?

—Primero, porque de muchas maneras aquí los hombres de cuarenta años o más parecen acabados y hasta hoy han demostrado poca cosa; salvo excepciones, por supuesto. Segundo, porque lo reverencian y así se expresan de él. Tercero, porque son jóvenes muy notables, sin excepción. Cuarto, porque no lo contradicen, y por ahí ahorra tiempo y esfuerzos inútiles. Mira, en casa estuvieron antier gentes de mi generación. Todos de cincuenta años o poco menos. Salí a flote lo de técnicos o humanistas. Yo sabía que mis proposiciones estaban en lo cierto, pero los otros, que no tienen por qué reverenciarme, me contradijeron con argumentos irrefutables. Recordé, añoré a San Pablo mandando enmudecer al sofista que le niega cada frase, y el sofista pierde el habla. Al final de la noche no habíamos llegado a nada y estábamos llenos de resentimiento unos por otros. Si hubieran estado tú y los otros jóvenes, los habituales, la cosecha hubiera sido rápida e indudable.

M. K., excepcional estudiante de filosofía, sicología y medicina, está de acuerdo. —Hubiéramos buscado la última verdad en lo que usted decía—dice—, hubiéramos aprovechado la verdad de lo que usted decía y hubiéramos peleado para que quedara desnuda, y ya, no sé nos hubiera ocurrido contradecirlo.

—Oquéi—le digo—, ese es el cuento.

★

NUEVE—

Una semana después de aquella reunión, hubo otra, en casa de Miguel Alemán Cortés, músico, pintor y escultor, gran bebedor y bravo amigo. Estaba Felguérez, Guadalupe Trigo y periodistas, escritores, bailarines, actores. El caos, el lindo caos. Y surgió que con fotografías de Héctor García, textos míos y canciones de Trigo armáremos una exposición en Bellas Artes: La ciudad en 1973.

★

DIEZ—

Cuando leas lector estas páginas estaré en París, donde veré a los guitarristas y a Manuel Scorza. Después iré a la Unión Soviética, donde Alfonso Moreno y Minerva Garibay tocarán para el Soviet Supremo y Echeverría Presidente y su comitiva. Después estaré en China. Después iré a Hong Kong. Después estaré en San Francisco, Carmel y Capistrano. Digo, si el armatoste no se cae. Y llevaré un diario de viaje, para ti, lector, único amigo de veras.



# respuesta al doctor perez toledo

## monólogo a medias sobre sicocirugía

John saxe-fernández

ES prematuro iniciar un debate público con el doctor Pérez Toledo sobre las implicaciones políticas de la neurocirugía, la telemetría intracerebral y (añadiría yo) la rehabilitación electrónica en los Estados Unidos. El desarrollo y utilización de técnicas de manipulación neurofisiológicas para hacerle frente a 'problemas' sociales, raciales y políticos, ha puesto de manifiesto el profundo error en que incurre mi interpelador: la breve nota publicada por EXCELSIOR pone de manifiesto una (¿vehementemente inquietante?) ausencia de familiaridad con información, sin la cual es virtualmente imposible entablar un diálogo fructífero. A menos que la discusión tenga como base mínima para proceder el meollo fáctico-teórico contenido en la literatura especializada y en la copiosa documentación oficial del gobierno norteamericano\*, correríamos el innecesario riesgo de trivializar la interrogación pública de un asunto inusitadamente trascendental. Porque si es necio todo intento de escapar a problemas inmensamente serios y emocionalmente abrumadores, recurriendo a la afirmación gratuita (v. gr. sin fundamento empírico-documental), sería más pernicioso aún entablar un 'debate' sin contrincante. Considero entonces, de un sano sentido práctico del solicitar la 'gracia' del director de EXCELSIOR (y la paciencia de sus lectores), para contestar en forma extensa y rigurosamente académica. Ofrezco una sola justificación innegable solidez: quiero evitar que el diente roedor de lo superfluo pudiera pulverizar la discusión. En otras palabras, no deseo perder el impulso y la intención Kantianas de "hacer un uso público de la razón". Y, en este caso tan especial, ¿no se trata de defender y de proteger a la Razón en su dimensión más íntima, más intrínseca, más concreto, en fin, más 'neurofisiológica' (y querida)?

Me doy cuenta de que esta manera de tratar esa interpelación pública será considerada por muchos como un arreglo exigente. Pero la cuestión es importante, y solo así se puede lograr su dilucidación pública en forma adecuada. En general, es necesario y aconsejable inhibir la intromisión de espurias motivaciones "profesionales" o "ideológicas" que pudieran interferir con la claridad analítica y socavar, por ende, la integridad del tema: la exigencia empírica, la disciplina y el rigor académico siempre desalentaron la nociva tendencia de confundir la realidad con lo fantasioso o lo tendencioso.

Pero me daría por contento si las reflexiones —e información— que siguen conducieran a alguien al estudio, la investigación, el análisis y la discusión de la muy extensa literatura y documentación surgida alrededor de esta problemática.

★  
SERIA difícil encontrar un analista serio de los asuntos contemporáneos que no muestre desazón ante los "usos" y "abusos" que el hombre ha dado a la ciencia y la tecnología. Después de la asfixia urbana, del masivo ataque del aire, las forestas y los mares con sustancias y desechos contaminantes, después del gas de Auschwitz, de la devastación nuclear de Hiroshima, y del mezquino (aunque tecnológicamente eficiente) ataque químico a los campesinos y arrozales del Asia Suroriental (después de condiciones de siglo XX que podrían continuar enumerándose *ad nauseam*) ¿por qué calificar como "una generalización un poco discriminada" el que —en las palabras de Pérez— yo "tema" que,

"la investigación neurofisiológica vaya a ser usada por el 'sistema' norteamericano para modelar a su gusto la evolución del pensamiento, las tendencias sociales o políticas actuales, la inconformidad, la subversión, etc., con toda la negatividad

que puede juzgarse a la represión común que el propio gobierno norteamericano utiliza para el logro de sus propósitos políticos y económicos en todo el mundo"?

Esta proposición es tanto incorrecta factualmente como inaceptable académicamente por dos razones fundamentales:

Primero, yo no temo que la investigación neurofisiológica vaya a ser utilizada política o racistamente: la información disponible indica que las técnicas neuroquirúrgicas ya están siendo utilizadas de esta manera.

Segundo, la afirmación es académicamente embarazosa porque el doctor Pérez-Toledo hace referencia, en párrafos incómodos adyacentes a la misma, a "los brillantes experimentos" del científico español el doctor José Delgado. Y, ¿quién si no el doctor Delgado ha llegado a proponer en forma tan clara y explícita la utilización de la investigación neurofisiológica, (incluyendo la implantación de electrodos intracraneales) para 'modelar' o 'corregir' la civilización humana?

Así como para un Von Braun la conquista del espacio exterior se transformó en una cruzada casi compulsiva, para este ex alumno de la Escuela de Medicina de Madrid, la conquista del espacio interior de la mente representa una meta imprescindible para corregir la 'inestabilidad' de la civilización. En el capítulo segundo de su libro "Physical Control of the Mind: Toward a Psychocivilized Society"; intitulado, "El desajuste entre la Evolución Material y la Mental", afirma que,

"La tesis de este libro es que ya poseemos la tecnología necesaria para la investigación experimental de las actividades mentales, y que ya hemos llegado al punto crítico en la evolución del hombre en la cual la mente puede ser utilizada para influir su propia estructura, asegurando, consecuentemente, la preservación y el desarrollo de la civilización. Las siguientes páginas contienen una discusión sobre lo que es la mente, los problemas tecnológicos involucrados en su control por medios físicos, y la visión para el desarrollo de una futura sociedad psicocivilizada".

(José Delgado, *Physical Control of the Mind: Towards a Psychocivilized Society*, Harper and Row, New York, 1969 pp 19-20).

¿Fantasioso? Desafortunadamente no. ¿Vehementemente inquietante? Sí. Porque Delgado nunca nos deja en claro ¿conquista de la mente de quién y por parte de quién? Pero sus intenciones adquieren una pristina claridad si se revisa el capítulo final de su conocido libro. Casi como un Cristóbal Colón inspirado ante las joyas de Isabel la Católica, Delgado afirma que para lograr éxito en la aventurada conquista (control) de la mente humana, se,

Requiere el establecimiento de agencias nacionales por coordinar planes, presupuestos y acciones, en la misma forma en que la NASA en los Estados Unidos ha dirigido el interés público y la tecnología, lanzando al país a las aventuras y logros del espacio exterior. Afortunadamente la investigación sobre el cerebro es mucho menos costosa, y, en lugar de requerir el establecimientos de grandes emporios industriales, es necesario crear institutos neuroconductuales con el propósito específico de investigar los mecanismos del cerebro en función mientras continúa la investigación neurofisiológica como hasta el presente. Estos institutos requieren una organización interdisciplinaria ya que su propósito esencial será el de correlacionar a la genética, la anatomía, la fisiología, la bioquímica y la sicofarmacología con los fenómenos del comportamientos, mentales y sociológicos.

III

CUANDO la realidad no corresponde a nuestros deseos más profundos y su enfrentamiento se transforma en una experiencia repugnante, o, cuando menos, dolorosa, recurrimos a todo tipo de excusas para no enfrentarla. Incluso el mantener una confortable ignorancia puede ayudar. Esta rutina observación sicoanalítica recibe una perturbante ejemplificación cuando nos enteramos de que al presidente de una sociedad de siquiatria biológica se le hace difícil concebir que la implantación de electrodos y estereotaxis "pueda difundirse progresivamente arbitrariamente hasta convertirse en un instrumento para despersonalizar o deshumanizar o 'cosificar' al hombre". No fui quien se inspiró en Huxley o en Orwell para sugerir semejante cosa. Fue el propio doctor Delgado, quien propone la conveniencia de desarrollar un dinámico programa de educación —a un nivel masivo— para instruir a la población sobre las promesas que ofrece el control físico de la mente. Y añade:

"Los medios de comunicación de masas deben movilizarse con este propósito y los institutos neuroconductuales deben promover la preparación de programas de entretenimiento y de información".

(Delgado, 1969 op cit p. 262).

En un ensayo publicado en 1968, un año antes de la aparición de su citado libro, doctor Delgado en unión de muchos colegas como Vernon Mark, W. Sweet y F. Ervin proponía desde el "Journal of Nervous and Mental Disease":

"La combinación tanto de la estimulación y de la detección EEG por medio de la telemetría radial ofrece un nuevo instrumento para una exploración clínica de dos vías del cerebro, y puede predecirse que en el futuro cercano, la miniaturización y una tecnología mucho más refinada permitirá la construcción de instrumentos sin baterías, lo suficientemente pequeños como para permitir la implantación bajo la piel del paciente para la recepción transdermal y la transmisión de ondas por varios canales".

(José Delgado, V. Mark, W. Sweet, F. Ervin et al "Intracerebral Radio Stimulation and Recording in Completely Free Patient" *Journal of Nervous and Mental Disease*, 147, 1968 p 338).

¿POR qué es tan difícil aceptar una observación tan explícitamente propuesta por los propios neurocirujanos? ¿No fueren tres colegas del doctor Delgado, los doctores Mark, Sweet y Erving quienes, en el número de septiembre 9 de 1967 (p 895) del *Journal of the American Medical Association*, se rindieron a las huelgas raciales de Detroit (verano de 1967) así?:

"¿Existe algo peculiar acerca del hábitat violento de las barriadas paupérrimas que lo diferencia de su vecino pacífico?"

La Fundación "Neuro-Research" \* ha logrado obtener información de variadas fuentes a efecto de que la disfunción cerebral relacionada con una lesión focal juega un papel significativo en el comportamiento violento o de asaltante. Necesitamos de una investigación intensiva y de estudios clínicos sobre los individuos que cometen la violencia. El propósito de tal meta sería el tratar de localizar, diagnosticar y tratar a gentes con bajos umbrales de violencia antes de que contrubuyan a más tragedias.

(cursivas en el original).

Con toda razón el doctor Alvin Paussain profesor asociado de siquiatria en la Escuela de Medicina de Harvard, ha calificado d